

## JORGE GUILLEN: EL MUNDO Y LAS COSAS

Por RAMON EMILIO REYES

¿Cuál es el valor supremo de un poeta? La poesía no emerge de la imaginación, sino del choque que rompe la realidad y la hace estallar en un golpe parecido al de la ciencia. Ciencia y poesía se unifican a veces en el quehacer sublime de descubrir lo que existe. Es la misma hermandad que une en el fondo al místico con el científico. Pero el camino de llegar es distinto. Parece como si dos hombres de mundos diferentes buscaran por sendas disímiles un cielo siempre idéntico. El poeta ha elegido la intuición como quien hábilmente se escapa por un paso más corto para llegar más pronto. En su afán, el poeta se vale del vehículo que juzga más raudo, más seguro y verdadero. Su modo supremo de rozar las cosas se identifica tanto con él mismo que lleva a pensar a veces: “este poeta es esta cosa, este ademán, este camino que en él se halla constantemente presente”.

Junto a Jorge Guillén vemos la luz como fenómeno inmaculado de la existencia. (1) En el poema “Muchas Gracias, Adios” lo escuchamos decir:

La luz, que nunca sufre,  
Me guía bien. Dependo,  
Humilde, fiel, desnudo,  
De la tierra y el cielo.

(1) FRIFDRICH, Hugo: *Estructura de la Lírica Moderna*”.

Para Guillén la luz es uno de los elementos que en el universo indican perfección. La perfección se opone al sufrimiento dentro de su lenguaje porque indica orden, reposo. De ahí que en esta imagen, impulsada por su actitud ante la vida, la luz nunca sufre, por eso le guía bien, favorablemente hacia lo perfecto del mundo que es la realidad y que es lo mejor. El poeta pone la luz frente a la posibilidad extraña de que sufra y la respuesta es negativa. Aspecto puramente mecánico del fondo de su pensamiento. La luz es feliz como pudiera serlo un hombre. Aquí la semejanza no es física; se compara el comportarse de aquel elemento con lo negativo del sufrir.

El ejemplo presentado arriba muestra una forma de nacer la imagen al impulso de una actitud de espíritu. Y en la poesía de "Cántico" hallamos un ademán saludable, franco y optimista que hace mover el lenguaje no para adornarlo, sino para descubrirlo, con mirada de amor, de fe primaveral, en la integración entre el hombre y el mundo. Su optimismo que surge contagioso y unitario. "Guillén es, entre los vivientes, el poeta lírico intelectual más maduro y consecuente". En su obra no nos habla ningún yo personal. Su sujeto son los "ojos del espíritu", que nos recuerdan la mirada absoluta de Mallarmé.

"Su fuerza consiste —expresa Friedrich— en elevar un objeto hasta completarlo de momento en su esencia natural, es decir hacer del jardín "más jardín", el puente "más puente", para llegar así a la esencialidad categorial (Como Mallarmé), por encima de la cual brilla finalmente la luz de la perfección del ser. Este proceso abarca todo el mundo objetivo y sensible en el que "la materia tuvo la gracia de ser imagen".

Pero el gran tema de toda esta poesía guilleniana es un constante integrarse del mundo que se entreteje sobre el tiempo. Sin dolor alguno por el factor espacial o temporal, se muestra alegre frente a un mundo que lo acosa y al que él devuelve una abierta actitud de afirmaciones. Gran sorprendido, la palabra "asombro" se encuentra en el primer eslabón de su obra publicada por primera vez en 1928 y reeditada definitivamente en 1950. La existencia es "la móvil trabazón de unos vínculos que a cada instante acaban de cerrar su equilibrio". Su mundo en perfección no debe mancharse con la lástima del propio sufrimiento.



“He sufrido. No importa.  
Ni amargura ni queja.  
Entre salud y amor  
Gire y zumbe el planeta”.

El frío y la nieve simbolizan lo absoluto, donde no es precisa la mortal necesidad de la vida, ni ésta siquiera, aunque Guillén parece exaltarla grandemente y en casi todas partes. Predominan los “primigenios fenómenos estáticos”: círculo, línea, volumen, o bien los símbolos objetivizados yuxtapuestos, ninguno de los cuales deriva de otro anterior. “Incluso los más tenues puentes de enlace han sido suprimidos”.

“Muchas Gracias, Adios” (II) parte):

“Poco a poco, sufriendo  
Más realidad abrazo”.

Un hombre, el poeta, abraza más realidad en su sufrir. En léxico cristiano este símbolo expresa la forma de purificarse, de perfeccionarse. Para Guillén parece ser una imagen que indica su peculiar manera de llegar a la realidad que en él se confunde con la perfección y con la luz, o que, es tal vez la misma cosa. En la tercera estrofa, tercera parte, el poema repite la imagen con otras palabras:

“-padecer dá saber”.

El verbo “resolviéndose”, en gerundio, es muy adecuado a la actitud espiritual de Guillén, integradora dinámica del universo:

“La luz va con la voz  
Resolviéndose en fondo”.

(“Como en la Noche Mortal”).)

Aparecen unidas la luz, elemento universal de perfección y la voz, facto creador, poderoso y divino. Sinestesia de luz y voz cuando se funden en el extraño comportamiento de “resolverse”. Fusión de cualidades normalmente apartadas. Fenómenos que pueden ser hermanos pero que son distintos, fraternizados por obra y gracia de la actitud espiritual.

Si bien aparecen poéticamente las cosas en esta poesía, ellas obedecen estéticamente a la ley de la lógica. Su ámbito es elevado. Ya García Lorca había juntado bellamente elementos ilógicos populares con menos rigor intelectual.

En la siguiente estrofa,

“Flota una algarabía  
De esfuerzos. No se sienten  
-Aunque están- las estrellas,  
Ignoradas, silvestres.

Los esfuerzos no flotan y mucho menos en algarabía. La algarabía indica dentro de la imagen, mezcolanza. La realidad especial de la mezcla se hace sonora y se convierte en mezcla de ruidos. Proviene del gesto espiritual en cuanto aparecen aquí todas las cosas como queriendo ser y haciendo un esfuerzo para ello, lo cual es característico de la posición de Guillén ante el mundo que se hace coherente.

Le oímos afirmar su naturaleza de hombre:

“Ay! Yo también comparto  
Desiertos donde yacen  
muchedumbres de seres  
Perdidos en su carne”.

(“Muchas Gracias, Adios”)

No dice que él es también de huesos y de carne y sufre como tal las urgencias humanas. Es su modo de estar ante la vida, siempre en favor del universo integrado, condiciona la imagen y convierte en desierto (amplitud desolada y calurosa) las dudas que a él como a otros hombres les nacen de la carne. Preciso es esforzarse para identificar un desierto con un conjunto de dudas, y, además, necesario nutrirse de los elementos simbólicos peculiares al habla analizada. Para quien tiene fe en el mundo, un desierto - desolado lugar de donde las cosas vivas del mundo parecen haber huído- ha de identificarse con la duda que conduce hasta la sequedad y la desolación el optimismo. La dificultad que se afronta en descubrir esta relación peculiariza la imagen en su carácter actual. La llaneza del lenguaje hecho de limpios fonemas y su sencillo dibujo conceptual lo oscurece a veces - paradoja- hasta lo incomprendible.



La siguiente imagen geométrica presenta el salto de unos ruidos sobre unos colores. Los ruidos son más genéricos, no tienen timbre; los colores están especificados dentro del amarillo.

“Intacto aún, enorme,  
Rodea el tiempo... Ruidos  
irrupen. Como saltan  
sobre los amarillos

Todavía no agudos  
De un sol hecho ternura  
De rayo alboreado  
Para estancia difusa

Mientras van presentándose  
Todas las consistencias  
Que al disponerse en cosas  
Me limitan, me centran!

(“Más allá”)

Guillén es casi desnudo de imágenes, o mejor es decir, de pequeñas imágenes que puedan percibirse dentro de su extenso universo en que las pequeñas metáforas son eslabones de una figura enorme. Así, ruidos que saltan sobre los amarillos, ruidos equiparados a objetos en movimiento y colores iguales que cosas, contribuyen a formar el marco para que el hombre se halle en el centro de todos ellos asediado y asediante. La imagen es aquí un universo que se mueve con simetría tal que el ser humano queda en el punto medio.

No es fácil notar en Guillén un procedimiento que transforme la realidad porque es insuficiente para expresarla. Este lenguaje muestra una amplia arquitectura ya estructurada antes de asomar a las palabras del poeta. El mundo ya está transformado, y tan ordenadamente que pleno de seguridad no hace más que alumbrar las cosas en el orden en que las había ubicado su pensamiento.

“Oh Dios, en esta hora  
Tan perdida, tan ancha,

El tiempo se hace espacio, pero espacio extremado en su extensión. Es una hora sin límites como sólo existe en el alma de algún mortificado, por ejemplo. Prima aquí el sentimiento, no la razón. Estamos junto a un método visionario bañado por el tiempo de hoy. La estrofa sigue:

“Oh Dios, en esta hora  
Tan perdida, tan ancha,  
Vagar feliz, apenas  
Distinto de la nada!

Figura subyacente; la nada se hace todo. Es como estar a un paso de la nada. El hombre se halla cerca de ella, pero, aunque ligeramente, es distinto del dejar de ser completamente. Un poeta que cree sin discusión en un universo que aflora en perfección se hace feliz con esto. El ángulo es aquí espacial (“vagar feliz”) y ontológico (“apenas distinto de la nada”). La relación está en saltar repentinamente de un punto a otro. Relacionar lo que es con lo que está. Todo se mezcla, pero en Guillén el proceso figurativo queda, múltiple número de veces, encerrado en lo lógico; sus imágenes a fuerza de desnudar el lenguaje lo dejan en estado simple, no por escasez de visión como en la figura tradicional sino por poder de síntesis intelectual.

En “Más allá”, octava estrofa, un inmenso árbol es símbolo del tiempo.

“Todo está concentrado  
Por siglos de raíz  
Dentro de este minuto  
Eterno y para mí”.

Las palabras indican que siglos de raíz--siglos de tiempo- se hacen presentes en un minuto eterno. Lo irreal cabe aquí en lo real y lo hace enorme, lo ensancha hasta que estalla en un mensaje formal que rebasa la mente. Por inverso sentido, el contenido temporal guilleniano revelado en el fondo de la frase se adelgaza y penetra por el estrecho cauce del minuto hasta tocar este aquí y ahora que es la enorme actualidad en que se halla siempre el tiempo de Jorge Guillén.

Las estrofas finales de "Más Allá" dejan ver la función activa de la postura del espíritu sobre la imagen.

"Todo me comunica,  
Vencedor, hecho mundo,  
Su brío para ser  
De veras real, en triunfo.

Soy, más, estoy. Respiro.  
Lo profundo es el aire.  
La realidad me inventa.  
Soy su leyenda. Salve!

Producto de la realidad es su persona por lo que ha dicho él mismo: "porque es mi sino propender con fervor al universo". Realidad en movimiento. La equiparación es tácita y de sugerencias variadas. La realidad puede constituir aquí un ser con capacidad creadora como el hombre o como Dios, o simplemente alguna fuerza cósmica. En todo caso es viva y su savia asciende por la vena de las cosas (mundo cosificado el de Guillén, ha dicho Biedma) hasta desembocar en la leyenda que es este hombre específico. Hombre leyenda. La presente metáfora --semejanza de desemejantes según Aristóteles-- puede dar la medida del proceso figurativo guilleniano. Interviene el sentimiento pero sólo como poder impulsor que presta energía al lenguaje y al pensamiento llevándolo hacia conclusiones conceptuales. Aquí la leyenda no es simplemente la flor que brota para embellecer el plano evocado de la figura. Es eso y algo más. Es el lado sonoro y coloreado de un trasfondo que obedece a la organización del universo en cierto sentido. La coyuntura con el todo que señala Pongs para la gran imagen hablando de Holderlin. Y este lado intelectual del lenguaje escuetamente metafórico de Guillén es siempre más importante. Hay, además, que descubrirlo con esfuerzo como se hace preciso en la casi totalidad del sistema expresivo poético del siglo XX.

"Verdad es: hay suburbios,  
Y atroces. Para mí  
Son ya tan fabulosos  
Que no los sé eludir".

( "Muchas Gracias, Adios". I parte)



Estos “suburbios fabulosos” no son el bajo fondo de una ciudad que se contempla. Es que hay subfondos de su propio ser que a veces se resisten al plan de ver con fe la perfección del mundo. Se hallan en frente ahora los suburbios y las partes bajas del alma. Un rasgo que es común los asimila. Ese Sub. categórico. Ambos son substratos, están infrasituados, se encuentran bajo algo. El plano evocado se monta sobre un fundamento espiritual, un alma, si bien la relación es racional. El símbolo se destaca de modo suficiente. Pero estos son suburbios “fabulosos”. En este caso la emoción deforma los límites de las cosas anímicas y las hace crecer en proporciones visionarias. Más adelante queda clara la imagen. La misma fuerza de desorden busca desconcertar el vigor de creación que ordena y concierta:

“Algo se sublevaba  
Contra ese poderío  
Que al corazón y al mundo  
Concierta en un latido”.

Al pasar la mirada por los primeros cuatro versos de “Celinda”,

“Sobre el ramaje un blanco  
Bien erguido. Qué arbusto?  
Flor hacia mí. La arranco,  
Fatalmente la arranco: soy migusto”

Tropezamos con que Guillén coloca en el espacio de hojas y ramas una realidad que no acostumbra a ocupar esa dimensión (espacio): el color. Pero tal recurso sinestésico es empleado por multitud de poetas. Lo relevante aquí es que el blanco se pare “bien erguido”, como un hombre, sobre el ramaje, cosa nada extraña en esta poesía.

Aquí el poeta crece genialmente en su obra creadora.

Efectúa una relación con su propio universo creado que sólo asomaba inertemente al mundo, separada, fraccionada como en los mundos no integrados ni en perfección opuestos al que nos ofrece generosamente la mano llena de Guillén. Por eso en este verso:



“Flor hacia mí. La arranco”,

un elemento que ya desde antes que este poeta los vivificara-- la flor solía comportarse casi como los humanos, limitada no obstante en su escaso movimiento aéreo, se entrega como parte de un mundo de cosas entremezclado con el hombre al que acompaña en su pasar entre los objetos. Tal vez lo ayuda a decidir si ver el universo como las cosas, forma parte de un universo en perfección o mejor en integración y por ende con un cerebro que lo dirige y lo sustenta en lo más profundo de su ser. Y la fuerza mental que ordena hace vivir; aún más, obliga a participar de la misma fuente de la vida a todos por igual. Como es (como lo ve Guillén), integración de un todo al que bien puede el hombre unirse, o bien enfrentársele en una lucha que la muerte siempre ha decidido en su contra.

“Nada. Tinieblas muelles  
Y de un golpe .., Qué  
quién? ”

(“Despertar”, I estrofa)

Golpe de asombro que parece ir estrechamente complicado con el rasgo estilístico que revela don Jorge en su manía de preguntar. Machado decía que el poeta no es quien afirma sino quien pregunta. Y ese fue siempre el quehacer del filósofo. Diríase que el golpe y la pregunta indican un emergimiento desde la somnolencia. La somnolencia es el elemento conservador en que duermen los que miran el mundo como lo fraccionado y triste dándole por algo hecho como tal: desordenado y lleno de tristeza; de ahí que en ellos no haya brinco, ni pregunta ni golpe. El título denota la substancia<sup>11</sup> de todo el símbolo que es el poema, “Despertar”.

De un tema común se hace permanente el mito para Jorge Guillén. Es en verdad la recreación del mito dentro de los moldes reales:

“De las ondas,  
Terminante perfil entre espumas  
sin forma,

Imprevista  
Surge—lejos de su patria— la  
seducción marina.  
Salve, tú  
Que de la tierra vienes para  
ser en lo azul  
No deidad  
Soñada sino cuerpo de prodigio  
real!  
Nadadora  
Feliz va regalando desnudez  
a las ondas”.

(“Preferida a Venus”)

En el renacimiento los mitos grecolatinos fueron repetidos sin recreación alguna. (2). Pero aquí Venus vive, es una nadadora que emerge del mar. En la poesía actual el mito sirve al poeta sólo como materia prima, como inicial impulso para arrancar la luz de la imagen nueva. Esta Venus es de la tierra, no divina como la de los griegos.

“Salve, tú  
Que de la tierra vienes para  
ser en lo azul  
No deidad  
Soñada sino cuerpo de prodigio  
real!

Muéstrase como el cuadro de ideas motrices esencial en Guillén dá perfil a la imagen. El sueño, lo irreal, no figuran como factores importantes. Está vivo, con la vida terrestre, bañado por las cosas de aquí y de ahora. Y su Venus es tal. El mito cobra en ella permanencia porque la propia espuma del antiguo mar, ahora salada de tiempo presente, lava su escarcha antigua y la descubre vivificada y floreciente.

(2) BOUSOÑO, Carlos: “La poesía de Vicente Aleixandre”.